

AZORÍN E HISPANOAMÉRICA (1)

Señor Presidente, señores Académicos:

Cuando me confió la Academia Argentina de Letras la misión de representarla oficialmente durante el viaje que ahora realizo, no pensé yo que la primera oportunidad en que debería cumplir con ese encargo honroso sería una de alta melancolía. Lo hago, empero, seguro de interpretar el pensamiento de mis colegas de allende el mar y de adelantarme a la nota que sin duda recibirán ustedes en breve espacio. Y en nombre de la Academia Argentina de Letras les expreso nuestro pesar hondo por la pérdida que significa la muerte de Azorín. Con ser trascendente el dolor que a consecuencia de esa desaparición embarga a esta Casa y a sus miembros, me apresuro a señalarles que no es menor la pena que hoy experimentamos, en la Argentina, quienes valoramos lo que importa la obra de Azorín, tanto en mi Academia y en los institutos consagrados a las actividades de la cultura, como en los medios donde el puro sabor del idioma se identifica con las raíces de la raza. Azorín nos ha dejado, a cuantos escribimos en la vastedad de Hispanoamérica, una admirable lección de sobriedad y de elegancia. En sus libros hemos aprendido enseñanzas sutiles de armonía y de estético equilibrio, y merced a él, en

(1) Páginas leídas en la sesión necrológica celebrada por la Real Academia Española el 9 de marzo de 1967.

buena parte, sabemos que lo mejor de la esencia de la lengua española reside, más allá de la majestad de su opulencia, en la exactitud de su arquitectura. También le adeudamos sus lectores un amor a España que brota de la visión original, austera y tierna a la vez, que de ella nos ha brindado aquel gran artista. Por todo eso, porque con su partida, que deja tras de sí huellas anchas, se ve privada la Real Academia Española y nos vemos privados nosotros de un guía de preclaras luces, maestro del pensar y del hablar, les hago partícipes esta tarde, señores Académicos, de una tristeza que, si refleja la de ustedes, proyecta asimismo nuestra pena propia, en momentos en que unos y otros nos sentimos despojados del creador de una gloria que, vinculada con lo profundo de nuestro espíritu común, nos pertenece por igual.

MANUEL MUJICA LAINEZ.
Academia Argentina de Letras.